

Hoy, en la posmodernidad, debe surgir una nueva subjetividad, caracterizada fundamentalmente desde la oposición al abandono. La muerte de Dios no anula la posibilidad de la moral, si bien la fundamentación de ésta tendrá que ver con la praxis misma (p. 215).

Ahora bien, considerar la subjetividad desde el ejercicio individual en contra de una sociedad que ya no pregona la uniformidad sino una completa dispersión –que termina por aturdir al hombre– quizás se enfrenta con la posibilidad de una moral tanto para la sociedad como para el individuo. ¿Es posible pensar una moral que no sólo opere en el individuo como singularidad y, al mismo tiempo, producto de lo social, sino también de más de un individuo receptor de la sociedad, esto es, el plus que se considera cuando hablamos de sociedad frente al mero “grupo de individuos”? ¿Puede plantearse una moral para la posmodernidad –para toda ella– que asuma en su seno lo diferencial de cada individuo? ¿Podrán ser aceptadas las palabras del *Übermensch* o no hay oídos para su boca? La respuesta sólo podrá obtenerse de la confrontación con el texto, de considerar si este interrogante ha sido respondido o, en el mejor de los casos, si esta respuesta resulta satisfactoria.

Gabriela Balcarce

Dutra De Azeredo, Vânia, *Nietzsche e a dissolução da moral*, São Paulo, Discurso Editorial, 2000, 180 pp.

Con un título sugerente la autora brasileña, oriunda de Porto Alegre, se propone leer *La genealogía de la moral* de Nietzsche. El libro, que presenta una estructura similar al del filósofo de Sils-Maria: tres capítulos “Bueno y malvado, bueno y malo”, “Culpa, mala conciencia y similares” y “¿Qué significan los ideales ascéticos?”, precedidos por una introducción y una breve conclusión al final del libro, recorta en el pensamiento nietzscheano su momento genealógico.

La tradición filosófica ha girado en torno a la cuestión ética haciendo depender de esa tematización la explicación de la acción humana, colocando de esta manera la comprensión de lo humano en términos de comportamiento moral. Esto, según la autora, se hace manifiesto en los diversos tratamientos

que se “han puesto”, los que refuerzan una intención subyacente. Intención que, solapada por los filósofos, exaltada por el sacerdote judío, ambas remiten a un mismo *topos*, la denuncia nietzscheana. No importa que el autor haya teorizado el bien en términos de utilidad o lo haya teorizado en términos de buena voluntad –Bentham y Kant respectivamente– ya que el factor común que los aproxima/asocia, dice Dutra de Azeredo, es manifiesto en el punto de arranque. Tanto Bentham como Kant, siguiendo con el ejemplo, parten del análisis del juicio de bien, como también, ambos omiten la pregunta por el valor de ese valor. Es decir, ambos toman a la moral como dada.

Nietzsche, justamente, se inserta en el debate acerca de la moral preguntándose por el valor de los valores, “lo que remite al propio valor de la moral” (p. 171). Este movimiento conlleva un cambio en los procedimientos al excluir el hecho, el fenómeno, los que pasarán a ser entendidos en términos de interpretación y validación. Tal exclusión, a su vez, trasluce la prescindencia del análisis –al menos en los términos entendidos por la tradición– para volverse sobre ellos, movimiento genealógico, ahora en un análisis acerca de las interpretaciones y validaciones “introducidas por el hombre para preguntar qué valor tienen, o sea, cuál es el valor del juicio de valor bien y mal, cuál es el valor de la moral” (p. 173). Surgen así las preguntas: ¿Quién postula el valor? y ¿qué quiere aquel que postula ese valor?

De aquí que, según la autora, la tarea crítica, para Nietzsche, corresponda al genealogista. Es éste quien, a la vez que interpreta y valida, remite aquellas interpretaciones y validaciones a las mismas condiciones de su creación, es decir, al elemento que determina su valor. Por eso, la pregunta por el valor de los valores remite a un modelo. Éste es determinado en Nietzsche por las relaciones de fuerzas y por la cualidad de la voluntad de poder.

Dutra de Azeredo se nutre de la lectura deleuziana –*Nietzsche y la filosofía*–, la que asimila como “notorio ejemplo de singularidad en términos de interpretación, en cuanto centrada, de un lado, en la definición de un estilo aforístico y, del otro, en la caracterización de su pensamiento como primordialmente nómada” (p. 17). Refiriendo como nómada la especial relación con el texto que surge de la recusación de los conceptos de la tradición.

Según Deleuze, Nietzsche anularía la dualidad metafísica entre apariencia y esencia, con lo que se separaría de la tradición inscribiéndose más bien en una sintomatología, y las cambia por fenómeno y sentido. De esta

manera se eliminan los fenómenos morales, con la sucinta aparición de la interpretación moral de los fenómenos y la necesidad de la determinación del "quién" interpreta, conceptúa, y qué quiere aquel que interpreta.

La voluntad de poder es el elemento diferencial de las fuerzas, determinando la cualidad de ellas como activa o reactiva. El modelo se inserta como expresión de relaciones de fuerzas y de la cualidad de la voluntad de poder. Preguntar *quién*, es preguntar por la voluntad de poder y, a través de eso, "por la determinación del modelo que a través de ella quiere" (p. 175).

Es a partir de esta hermenéutica que, según Dutra de Azeredo, Nietzsche introduce las figuras de los romanos, judíos, cristianos, Napoleón, el sacerdote, etcétera, como modelos, es decir, como determinantes del interpretar y validar. Dicho sucintamente, son configuradores de interpretaciones morales y se dividen en dos clases: señores o esclavos.

"La existencia de tendencias morales distintas, moral del señor/moral del esclavo, explicita la diferencia, pues demuestra la existencia de dos formas de validación que, tomadas como un signo, un síntoma, se refieren, en términos nietzscheanos, a la condición misma de la vida. Si existe un tipo de vida ascendente y un tipo de vida en declino, ¿al servicio de qué modelo de vida se coloca la moral? [...] La respuesta a esta cuestión está determinada por la relación entre moral y vida, en términos de su apreciación o rechazo, lo que se verifica por la validación de los valores asimilados. De ahí el análisis de los juicios de valor bueno y malo, bueno y malvado" (p. 173).

Mientras que bueno y malo son determinaciones de señor/noble, que desde su interioridad se reconoce distinto *-pathos* de la distancia- y afirma su diferencia frente al despreciable. Bueno y malvado son inversiones de esclavo, que negando lo que difiere toma al señor por malo, malvado, y atribuye el juicio de bueno al despreciable.

De cualquier forma, la cuestión central de esa validación es apreciar o despreciar la vida, y eso transparenta la interpretación y validación de los modelos disyuntivos, pues solamente el señor crea. El esclavo invierte. La imposibilidad de creación está determinada por las condiciones mismas del esclavo, siendo que él es un modelo resentido y, por ello, doliente.

Nietzsche a partir de su movimiento genealógico, dice la autora, muestra el surgimiento de la eticidad o de la moralidad: respecto a las costumbres, respecto a la tradición, y no, como pretendía la tradición, es decir, como si la eticidad o la moralidad se tratasen de una reflexión personal acerca de la acción.

El trabajo cierra con una conclusión en la que se puntean los temas tocados a lo largo del libro con un breve aporte, dos carillas, sobre las posibilidades de continuidad de este tipo de pensamiento.

Diego A. Jarak

Heidegger, Martin, *Nietzsche*, traducción española de Juan Luis Vermal, Barcelona, Destino, 2000, 2 volúmenes, 530 pp., 428 pp.

Casi treinta años después de la publicación en su lengua original, el *Nietzsche* de Heidegger cuenta con una versión española realizada por Juan Luis Vermal. Nacido en nuestro país y profesor en la Universidad de las Islas Baleares, entre sus trabajos pueden contarse las traducciones españolas de Hegel, *Principios de la filosofía del derecho* (Edit. Sudamericana, 1975) y Korsch, *Lucha de clases y derecho del trabajo* y *La concepción materialista de la historia y otros ensayos* (ambas por Edit. Ariel, 1980), entre otras.

La aparición de una obra de estas características es siempre un acontecimiento. Ello, en primer lugar, porque ofrece al lector no versado en la lengua alemana la posibilidad de acceder a un texto que, sin exageraciones, podría ser contado entre las obras filosóficas fundamentales del siglo XX. En segundo lugar, dado que este libro prácticamente ha fijado la discusión sobre Nietzsche desde el momento de su publicación, se presenta la ocasión de evaluar las razones por las cuales ello ha sucedido, al tiempo que se reaviva la polémica sobre un conjunto de temáticas que distan de haber quedado resueltas: el nihilismo, el lugar y la función de la técnica, el sentido del complejo histórico-cultural que se denomina "modernidad".

Sin embargo, además de la divulgación y la renovada discusión, el texto que nos concierne genera, en las circunstancias que nos conciernen, un acontecimiento provisto de significado filosófico: el incesante reaparecer de